

V. Blasco Ibáñez
La horda
(*El Pueblo*, 27-3-1904)

Hoy es el aniversario de uno de los crímenes más grandes de nuestra historia. Hace 67 años, unos españoles de aspecto salvaje, llevando sobre la rústica zamarra escapularios benditos y en la cabeza la antipática boina blanca, se embriagaban al compás de una murga estridente, con áspero vinazo, mirando codiciosos por encima de la vega risueña y verde los lejanos campanarios de Valencia, mientras los piquetes de ejecución fusilaban a los soldados de la Libertad, hundiéndose sus balas en el montón de carne prisionera; cadetes casi niños y soldados viejos, todos desnudos por haberles robado las ropas los defensores del altar y el trono.

La historia del pueblo español podía definirse diciendo que es un inmenso desierto de barbarie, con alguno que otro oasis de civilización y cultura.

Casi todos los países europeos han ido despojándose del salvajismo primitivo, como el ser humano, gracias a una incesante evolución, se purifica de la animalidad de su origen. Pero esta evolución en España es lenta y se ve cortada por frecuentes regresiones hacia el lóbrego pasado.

La vida de España es la crónica de la horda. Correr los campos, vivir en los montes imponiéndose por el asesinato y sustentándose de lo que se roba, es la verdadera vida nacional, la que mejor encarna en nuestro modo de ser. Si habláis con un español ignorante, os escuchará fríamente, sin apasionamiento alguno, cuando describáis las grandezas de los pueblos civilizados, los mágicos descubrimientos del progreso; pero proponedle *echarse a la montaña* para defender esta o la otra causa, vivir en los parajes que solo habitan las fieras, y caer sobre los pueblos como lobos en manada, y veréis cómo le brillan los ojos de entusiasmo, cómo se despierta el cabecilla heroico o el salteador de caminos, que casi todos los españoles llevamos dentro por una herencia histórica, y que lo mismo puede *cubrirse de gloria* y tener panegiristas, como morir en presidio, según desarrolle su actividad en tiempos de guerra o de paz.

La invasión romana, la árabe y los largos siglos de tiranía católica solo han modificado el exterior de este pueblo. Si se rasgan los forros históricos, aparece en nuestro hombre del campo y aun en el de muchas ciudades el primitivo celtíbero, errante y fiero, más amigo de dormir al raso entre las marañas del bosque que bajo techo, partidario del latrocinio y del abigeato, pareciéndole más sabroso el pan ganado con la punta de hierro y más grata la carne de la bestia robada; amante de una libertad que no descansa en la ley, sino en el derecho de la fuerza y que coloca al más vigoroso por encima de todo respeto y conveniencia.

La vida de horda ha sido durante siglos el estado perfecto de los españoles, y aún hoy constituye la felicidad para una mayoría.

La horda es la gran enfermedad nacional. No se ha intentado aquí remedio alguno para cambiar la suerte del país, sin que al momento surgiera la terrible dolencia, la avalancha de hombres feroces esparciéndose por montes y llanuras, mal armados, pero exuberantes de crueldad, acechando y cazando al semejante con astucias de indio, paralizando la vida nacional, obligándola a retroceder en nombre de la santidad de la tradición.

Convertimos en héroes gloriosos a todos, absolutamente todos los guerrilleros de 1808, muchos de los cuales se echaron al campo por la patria... y por algo más, y durante un siglo hemos sufrido las consecuencias de este error. La horda fue santificada y ha encontrado imitadores en todas las épocas. La dominación de Bonaparte representaba un progreso inmenso para España. Como decía Cánovas en la intimidad, el 2 de mayo fue la mayor estupidez de los españoles. Por poco que valiese la dinastía napoleónica, era más digna de respeto que el despreciable Fernando VII y toda la gente borbónica. Un cabello de José Bonaparte, hombre progresivo, educado por una revolución y de conciencia recta, valía más que todo el corpachón de aquel majó coronado, que, prisionero en Valencey, se reía de los esfuerzos que hacían por él los españoles, y toda su parentela de chulos fatales y damas devotas dedicadas entre misa y misa a las labores de... *su sexo*.

La España que un siglo antes recibía sumisa la dominación francesa de los Borbones, porque llegaba en nombre del absolutismo de Luis XIV, encabritose ante la dominación bonapartista porque se presentaba en nombre de la Revolución. La horda cerró el paso al

progreso para que continuase desarrollándose en el aislamiento nacional nuestra vergonzosa historia.

Después la horda, siempre la horda, como manifestación de la vida española. La horda absolutista, con el crucifijo al pecho y el trabuco en la mano, matando la libertad en 1823; la horda apostólica, amenazando a Fernando VII porque no era bastante tirano; la horda carlista en 1833 paralizando, durante siete años, el progreso nacional, para reaparecer dos veces más dando otras tantas puñaladas a España, apenas esta comenzaba a reponerse.

No se intenta aquí un cambio de régimen, una modificación saludable de la vida nacional, sin que al momento no surja la horda bárbara y se enriquezca nuestra historia con unos cuantos Atilas.

¡Qué inmensos son los daños causados por esta enfermedad española, hija de nuestro espíritu aventurero, falto de laboriosidad y adorador de la violencia!

Al libertarse América de la dominación española, podíamos haber conservado allá nuestra influencia moral, y seguir imperando por el derecho de antigüedad. Nuestro comercio hubiese tenido un mercado libre desde el estrecho de Magallanes a la California: el pensamiento español hubiera cobijado amorosamente a los pueblos nacientes. ¡Pero buenos estábamos nosotros para influir sobre nadie! Al perder América, rompimos toda comunicación con ella, nos aislamos para hacer la vida de horda, entregándonos a la guerra civil. Nuestros grandes hombres fueron el fraile Marañón con las pistolas al cinto, la cruz en la mano y la manceba en las ancas de la jaca; fueron Cabrera y otros no menos famosos asesinos; y mientras aquí se fusilaba, entre robos o incendios, los pueblos que habían sido pedazos de España y aún hablan nuestra lengua, volviéndonos la espalda, sintiéronse atraídos por otras naciones más adelantadas, y ahora, cuando tras muchos años de separación intentamos reanudar las relaciones, vemos que son en espíritu franceses, alemanes, ingleses o yanquis: todo menos españoles.

La corriente del progreso universal, al llegar hasta aquí algo amortiguada, ha creado en determinadas regiones adelantos industriales y comerciales, de los que nos enorgullecemos.

Que salga otra vez la horda, que reaparezca ese carlismo sustentado cariñosamente por la rama borbónica reinante, gracias al amor que siente hacia todo lo tradicional, absurdo y anacrónico, y el

trabajo de treinta años desaparecerá en una semana: morirán las industrias de las montañas de Cataluña, se extinguirá la explotación de las minas de Vizcaya, se apagarán los altos hornos de Bilbao y quedará inservible la mísera red de ferrocarriles, que tenemos a costa de sufrir en silencio una explotación irritante.

¡Maldita sea la horda, causa de nuestros atrasos y desventuras! Abominemos de la vida errante y aventurera. Dando de lado a los prejuicios históricos, hagamos que sea tan bandido ante la conciencia nacional el que roba y mata en el monte bajo una bandera política, como el que asalta una diligencia en un camino.

Nuestro país agoniza por exceso de paladines valerosos, de fieros caudillos: lo que no ha tenido nunca son hombres.

Si España ha de seguir viviendo como pueblo, necesita enseñar a las nuevas generaciones que nada hay superior a las virtudes pacíficas y cultas del ciudadano, y aborrecer al héroe, al caudillo montaraz, relegándolo al manicomio o al presidio.